

ETNOGRAFÍA, CULTURA Y GLOBALIZACIÓN*

Problematizaciones Antropológicas del Mercado¹

LAURENT BAZIN Y MONIQUE SELIM

Desde hace unos veinte años el término etnografía ha invadido las ciencias humanas y suscita un entusiasmo que crece paralelamente a la pérdida de audiencia de la antropología social. En primer lugar, su depreciación -tanto en el plano institucional como a nivel de la importancia dada a los resultados- favorece su adopción por otras disciplinas, lo que se realiza mediante un empobrecimiento del sentido, para terminar denotando episodios fragmentarios a partir de una observación calificada, a la ligera, como participante. Inversamente para muchos antropólogos preocupados por el prestigio de los fundadores de la antropología, la invocación de la etnografía para designar la práctica de la investigación de campo conllevaría una faceta de legitimidad inatacable. Se supone que la división entre las disciplinas asegura una partición entre la usurpación y la dignidad. Sin embargo, en ese mismo momento la etnografía, entendida como trayectoria metodológica interna a la sociología, fue objeto de intentos de formalización y explicitación por parte de algunos sociólogos² que encuentran, por ejemplo, en Goffman y/o en Bourdieu los resortes de una reformulación de los principios de la

* Publicado en *Journal des Anthropologues* 88-89: 269-304. París, AFA. Año 2002. Dominique Guthmann realizó la traducción para la presente edición.

¹ Este texto sintetiza el contenido de las tres primeras sesiones del seminario "Actualités de l'anthropologie" de la Association Française des Anthropologues (AFA) llevadas a cabo en la Maison des sciences de l'homme el 16 de enero, 13 de febrero y 13 de marzo de 2002, sobre el tema "Globalization, marché, différenciations".

² Tales como Beaud y Weber (1998).

investigación enunciada por Malinowski. Tal tipo de esfuerzo se encuentra muy raramente en relación a la etnología: la *etnografía* aparece como indiscutida e indiscutible pues constituye en sí misma un régimen de verdad que consagra una pureza académica. Las críticas de las corrientes posmodernas norteamericanas que intentan, por su parte, atacar este régimen de verdad no han logrado más que redescubrir el carácter social e históricamente situado de toda ciencia: el efecto difuso de la empresa de deconstrucción finalmente es reforzar, en el conjunto de la antropología, las tendencias a producir relatos etnográficos que teóricamente poseen un valor intrínseco.

PUESTAS EN ESCENA ETNOGRÁFICAS

Sin descifrar la confusión de posturas de investigación que, en las diversas ciencias de la sociedad, comparten una consideración por la etnografía, esta última no aparece como neutra y se presenta como un síntoma mayor de las orientaciones actuales del campo científico en su conjunto, siendo la antropología social una caja de resonancia. En efecto, se manifiesta allí el abandono del teoricismo de los años 1960/70 cuando las disyunciones y las conjunciones del estructuralismo y del marxismo en la antropología constituían una suerte de efigie. La decadencia de la primacía acordada a la teoría³ se traduce en una valoración simétrica de las investigaciones de campo, sin duda más marcadas en la antropología que, desde entonces, puede pretender una posición de vanguardia en el repliegue, dado el lugar que ella siempre le ha concedido a la inmersión personal de los etnólogos que se traduce en una incitación al empirismo. En todo caso, la antropología francesa en sus facetas teóricas y empíricas, articuladas o separadas, muestra una inclinación permanente por rechazar el análisis del significado de las coyunturas -extirpado de las situaciones observadas- en beneficio de una especulación que sostiene, alternativa o simultáneamente, “los invariantes” y la singularidad cultural. Este rechazo por la coyuntura mantiene y caracteriza la ilusión etnográfica y empírica. Manifiesta en particular una negación flagrante del Estado inconsciente (Lourau 1978). Así, sean cuales fueren finalmente los entrecruzamientos disciplinarios, la etnografía sirve más dó-

³ Esto ocurre en Francia, a diferencia de los desarrollos británicos y americanos de la disciplina marcados respectivamente por el dominio del empirismo, el funcionalismo y el relativismo del cultural.

cilmente a las exhortaciones políticas, cuanto más se esfuerza por no verlas. Esta actitud guarda una sorprendente continuidad con su epónimo, la etnografía colonial o de urgencia (pos o neocolonial) obsesionada con la búsqueda de sociedades “sin Estado” y “sin mercado”, demasiado ocupada con la tarea de autenticar las costumbres y las mitologías a fin de eludir la construcción del colonialismo y, más tarde, la descolonización. Dicha práctica científica sea que haya asumido la posición de auxiliar o de opositora, declarada o silenciosa, de los poderes instituidos (administrativos, políticos, militares y económicos) se internó con tanto más entusiasmo en la mitología del primitivo instaurada por el orden colonial, cuanto más la negación de este último le otorgaba su razón de ser.

En sus desarrollos internos, la sociología del trabajo y la sociología de las organizaciones se constituyen en una suerte de precursoras en haberse apropiado del término *etnografía*. Tres ejes de desarrollo jalonan esta tendencia que, desde su irrupción en los años ochenta, quedará bien instalada. Aún cuando corresponden a tres corrientes distintas su coincidencia, así como las elaboraciones metodológicas donde la apelación a la etnografía concentra los desafíos, contribuye a instaurar las condiciones de su colusión, confundiendo las pistas epistemológicas. Una primera dirección intenta unificar la sociología empírica y la etnología: funda a partir de la esfera del trabajo uno de sus terrenos de investigación y busca descifrar sus articulaciones con otros campos sociales⁴. Un segundo uso de la etnografía concierne a las participaciones de la sociología en la expansión de los estudios ‘regionales’ ligados a la institución y a la ideología del patrimonio, donde el saber hacer (*savoir faire*), las tradiciones y la ‘memoria’ obrera constituyen uno de los tópicos recurrentes. Por fin, un tercer polo deriva de la trasposición de la sociología del trabajo y de las organizaciones hacia la sociología de la empresa.

En este último caso la recalificación de los métodos de observación participante en las fábricas bajo el vocablo de etnografía es particularmente reveladora, en la medida que el modo de ‘establecerse’, incorporándose a una colectividad de trabajo para estudiarla, ha caracterizado desde su origen a esta rama de la sociología (Peneff 1996). La etnografía, exhumada, fetichizada y caricaturizada, es entonces adornada con atavíos oportunos para ocultar el deslizamiento que se produce. Este último tiene por marco, a principios de la década de 1980, la conversión del conjunto de la izquierda a la legitimidad de la ganancia capitalista que, por la magia de las creen-

⁴ Por ejemplo, Beaud y Weber (1998); Beaud y Pialoux (1999)

cias, sería de ahí en más benéfica para todos; y su adhesión a la idea de una urgencia de la competitividad, base de la rehabilitación de las empresas amenazadas por el mercado. En el campo de la sociología, el cambio ideológico se traduce en una transposición de las posturas: el pasaje de una perspectiva obrerista, centrada en la puesta en evidencia de los antagonismos y los conflictos, a una práctica científica dominada por la intervención sociológica que conceptualiza a la empresa bajo el modo de una unanimidad concebida en términos de identidades y cultura. Se trata pues de culturizar el mundo del trabajo para unificarlo, encerrándolo al mismo tiempo en una adhesión prescripta a los proyectos gerenciales⁵. En estas perspectivas, la puesta en escena de la etnografía en la empresa interviene como un procedimiento de recorte y remodelación del campo laboral, hasta entonces orientado hacia un polo obrero mítico pero ideológico y político, que de ahora en más queda circunscripto al teatro de la empresa donde la sociología -acompañada por una pequeñísima fracción de la etnología- se esfuerza por celebrar los ritos y los pretendidos valores internos.

Las modalidades anteriores de implicación metodológica de los investigadores, que descansaban principalmente en una convivencia simbólica e ideológica con las capas sociales obreras y los sindicatos, son reformuladas de manera tal que ocultan la alianza entre los administradores y los observadores. La puesta en escena de la etnografía en la empresa, acompañada por la exaltación de la presunta virtud de una mirada exterior -extraña- y postulando la neutralidad descriptiva, es un instrumento para el desdibujamiento imaginario de las posiciones jerárquicas. Así la transferencia de una hipotética batería metodológica válida para estudiar mundos exóticos, considerados como aislados (frente al Estado y al capitalismo) de las esferas de la producción capitalista, se presenta ante todo como la vía y la manifestación de una escotomización de las articulaciones políticas de la empresa, de los regímenes de imposición jerárquica y, simultáneamente, del compromiso de la investigación con estos procesos⁶.

⁵ Sobre este punto véase Selim, en Bazin y Selim (2001a).

⁶ En lo que concierne a este último punto véase por ejemplo Dejours (1998). El cine pone en escena con bastante frecuencia, desde hace años, la figura del experto-excusa elegido por su origen obrero, llevado a convertirse en instrumento de los directivos de la empresa y a traicionar inexorablemente a "los suyos", a pesar de las promesas de buena voluntad. Gran parte de la sociología ha efectuado una traslación semejante de posición que, sin embargo, no parece provocar los tormentos que asaltan a los ingenuos jóvenes héroes de estas películas, ni comprometer a un develamiento de la nueva función de pretexto ideológico que asume de toda buena fe.

Esta operación resulta más visible y más evidente en el plano de la influencia etnológica (de la sociología, de la historia) vinculada a la institución estatal del patrimonio, en particular cuando se convierte en agente de una transmutación de porciones del aparato industrial desactivadas, o en vías de serlo, que pasan a convertirse en soportes de identidades locales. La crítica pertinente que le dedica Jeudy lo conduce, justamente, a comprobar que entonces el etnólogo “ya no estudia las estructuras simbólicas de las sociedades” sino que “mantiene el orden simbólico” (Jeudy 2001:53)⁷.

Inscribiendo sus perspectivas en el marco ideológico del patrimonio -sustraído de su significación de herencia familiar para ser aplicado a grupos sociales simbólicamente unificados- el autor, sin embargo, no logra desprenderse de ello para proponer un análisis eficaz de la reestructuración simbólica en juego, en diferentes escalas articuladas. En estas condiciones, el examen de la “maquinaria patrimonial” evacúa del campo de interpretación el vínculo central de esta última con las dinámicas de transformación del capitalismo y de los modos socio-económicos de diferenciación, inhibiendo simultáneamente la hermenéutica política que pretende implementar. A título de ejemplo, es notable que el “patrimonio industrial” de los etnólogos y de las instituciones-museo haya considerado primero fábricas abandonadas, o sea, una herramienta de producción que dejó justamente de ser un patrimonio industrial (transmitido por herencia, definiendo linajes burgueses o, a veces, estatizado). Además esta noción surge en los años 1970, es decir no solo en la época en la que se implementa la desindustrialización de la economía a favor de la creciente importancia de los servicios (Gadrey 1992, 2000), sino también en un momento en el que el capitalismo

⁷ Y prosigue, un tanto enigmáticamente: “Si Levi-Strauss ha estudiado y mostrado la función esencial del orden simbólico de toda sociedad, revelando las estructuras que lo constituyen y que le proporcionan su dinámica, él jamás se planteó una perspectiva pragmática en cuanto al mantenimiento del orden simbólico”. Si en efecto resulta difícil reducir su obra a un horizonte tan limitado y aunque el ‘pragmatismo’ no haya sido el eje de su intervención, Levi-Strauss fue, de hecho, uno de los actores preponderantes de la edificación de la antropología francesa en conservatorio: es el instigador de un bloque de la ruptura sociedades primitivas/sociedades modernas, que ha denotado por mucho tiempo, en el seno de la antropología francesa, el deseo de perpetuación del orden simbólico del colonialismo, pese su obsolescencia. Por otra parte, la identificación de las estructuras de la mente humana ha derivado en la afirmación del valor de un capital cultural propio de cada sociedad, pensada en tanto entidad desconectada del orden mundial; para finalizar, y de manera más tangible, Levi-Strauss participó efectivamente en la elaboración de la noción de patrimonio etnológico, que es un resultado lógico de tales concepciones del mundo.

francés se metamorfosea para pasar progresivamente de una estructura industrial y familiar, a una lógica financiera. Como consecuencia de la preponderancia cada vez más firme de la bolsa, que crea las condiciones para la mercantilización de las empresas, la calidad del patrimonio de la herramienta industrial se altera a favor de la liquidez bursátil (Orléan 1999).

El proceso mismo de esta mutación es el que torna posible una colectivización ficticia de las industrias pasadas o, en adelante, presentes con tanta más facilidad cuanto el proyecto (o la amenaza) de su colectivización efectiva desaparece del paisaje político e ideológico. Devaluadas en tanto patrimonio económico real, las industrias pueden ser revalorizadas mediante un reciclaje en la mecánica del patrimonio cultural que las erige como íconos susceptibles de adquirir una nueva valoración en el mercado de las identidades. Se convierten, en efecto, en emblemas de lo autóctono, en instrumento indisociable de las autoridades políticas puesto en escena para el consumo turístico y ratificando la hegemonía ideológica que significa asimilar la prosperidad de las empresas con la de los colectivos sociales, los asalariados locales o nacionales, que recordémoslo se implementa en los años 1980.

CONTEXTUALIZACIONES

La inserción de las herramientas industriales en la categoría de los monumentos históricos y de las piezas de museo se presenta así como un rasgo significativo de la coyuntura actual⁸. Una interpretación focalizada exclusivamente en la lógica de la etnografía de museo -y que en consecuencia se diluye en esta- conduce a encarar dicho fenómeno como manifestación de una estructura simbólica inherente a la 'modernidad'. La misma planearía sobre el mundo occidental difundiendo en este, por la mera fuerza de su dinámica intrínseca -autonomizada tanto frente a las relaciones sociales como a las evoluciones políticas y económicas, una exhortación cada vez más conminativa con el fin de conservar 'todo'⁹. A la inversa, los otros modos de análisis prestan atención a la incidencia singular de fenómenos y sus signifi-

⁸ Ver asimismo Bazin (2001).

⁹ Jeudy se diferencia de Godelier (2000) quien, siguiendo en esto a Mauss, caracteriza a las sociedades orientales porque 'todo' puede comprarse y, por ende, nada escapa a la circulación mercantil. La antropología social, al pasar constantemente de los mundos 'exóticos' a la 'modernidad' occidental sin lograr relacionarlos, por no deconstruir eficientemente una y otra categoría, se muestra particularmente aficionada a atajos de este tipo.

caciones a través de las líneas de coherencia y de contradicción que los inscriben dentro de una coyuntura global. La reinserción de esta en las situaciones locales es una condición imperativa de la inteligibilidad de las prácticas y de las lógicas de los actores.

La ilusión etnográfica deriva de la desatención de la contextualización de los campos de estudio y de su complejidad intrínseca. Tiene por principio recurrente adoptar como método de la etnología (o, en adelante, de la sociología) aquello que se revela como herramientas de investigación (la emblemática “observación participativa”, las entrevistas en sus diversas formas, la descripción, hasta el registro mediante distintos soportes, etc); en tal caso el método reside primero en el emprendimiento de una investigación en sí, o sea una hipótesis según la cual la observación y el seguimiento de un microcosmos singular de relaciones sociales interpersonales, dentro de cierta temporalidad, pueda ser portador de conocimientos. La ilusión etnográfica se apoya, en segundo lugar, sobre equivocaciones de la naturaleza y el estatus de esos conocimientos, a menudo concebidos como una serie de datos autosuficientes y como un material descriptivo inerte y objetivado que, eventualmente, puede hallar su lugar en un corpus general destinado a la comparación. Si la comparación es inherente a la reflexión antropológica, es un error considerarla como una finalidad última y noble de la antropología que será externa a las investigaciones de campo¹⁰.

¿Por qué definir la etnografía como ilusoria? El uso de este término presupone el reconocimiento implícito de una tripartición que es invocada clásicamente para diferenciar la etnografía, la etnología y la antropología como tres ‘momentos’ de la investigación. En el proceso de producción de los conocimientos antropológicos, la etnografía sería, por ende, la fase particular de la recolección de datos de observación que, en consecuencia, es postulada como aislable y autónoma frente a etapas posteriores que serían, en primer lugar, el análisis y la interpretación de estos datos seguidos por un trabajo de comparación y síntesis. Generalmente se admite que esta tripartición es artificial. No resulta necesario insistir sobre el hecho de que es falsa la idea de que una descripción de “hechos sociales” encerrada dentro de un campo social podría existir, independientemente de su interpretación y análisis, fuera de toda problematización y que no fuese ya, en sí misma, una comparación.

Como reivindicación perdurable de un ‘momento’ soberano en la reco-

¹⁰ En lo que se refiere a este punto ver Bazin, en Bazin y Selim (2001a).

lección de datos la etnografía se corresponde exactamente con el sueño de toda ciencia descriptiva que pretende escapar a la influencia de las relaciones sociales. De ello resulta su propensión a ser utilizada, por un lado, en un sentido de singularización (en particular, etnocultural) del terreno, por otro, de desdibujamiento de las coyunturas y finalmente de neutralización de la implicación del investigador en su terreno, hallándose este, de hecho, en una posición particularmente sensible -y por ende sujeta a la represión- como pivote entre la escena interior de su campo de investigación y el 'exterior'.

La exigencia de contextualización de los campos de investigación, tal como se la evoca aquí, contiene entonces varias ideas. La primera es que la singularización etnológica no tiene como principio abstraer del microcosmos observado toda influencia externa -en la cual se incluye la relación del investigador con los sujetos que animan el campo de su investigación- para acceder a la 'autenticidad' de una forma de relaciones sociales que existiría fuera de aquella. Por el contrario, estudiar un grupo social en su originalidad equivale a aprehender sus lógicas de autonomización localizadas (en el tiempo y el espacio social) en relación con los campos de comunicación englobantes, en distintas escalas. Esta singularidad significa menos por sí misma que por lo que connota respecto a la conjunción de órdenes de imposición de los cuales ella resulta ser una apropiación particular.

El segundo principio metodológico ya fue enunciado anteriormente: el hecho de darse como objetivo la inteligibilidad de una coyuntura no constituye más un 'plus' del trabajo de campo, representa una condición de su realización. La postura que consiste en tomar esta meta como accesoria y facultativa es una ficción que sitúa "fuera del mundo" al observador y a quienes estudia. La coyuntura debe ser comprendida a escala del mundo: las evoluciones de las relaciones internacionales -en los términos actuales, la globalización que señala las características salientes del período posterior a la de la guerra fría y a la descolonización- son internalizadas en el escenario de las relaciones interpersonales que es el área de ejercicio de toda investigación etnológica, sea cual fuere su implantación.

En una tercera perspectiva, la necesidad de contextualización concierne a la investigación etnológica en sí misma. Esta se apoya sobre el establecimiento de una relación entre el observador y el campo social que ha elegido como terreno de investigación. Sin embargo, es un error frecuente considerar dicha relación como una perturbación del campo social que abarca, introduciendo inevitablemente varias alternativas que convendría entonces reducir, acotar y corregir. Tomemos un ejemplo. El trabajo de Favret-Saada (1977), devenido en un clásico, es considerado con justicia como un análisis

particularmente lúcido, y en esta perspectiva ejemplar, de las implicaciones de la situación de investigación. Entre estas se presentan, en particular, las relaciones de dominación que determinan el objeto y el lugar de la investigación: la brujería, la campaña normanda¹¹. Pese a esta elucidación inicial, las relaciones de dominación inscriptas entre el etnólogo y el campesino normando son concebidas, no como el lugar donde se revela una configuración particular de las relaciones sociales en el sitio elegido como terreno de investigación sino más bien como un obstáculo externo al conocimiento acotado, cuyo tenor inicial es conservado. De tal manera, la aceptación del etnólogo a entrar en el juego de la brujería -en el que solo pueden serle otorgados tres lugares: el de embrujado, de desembrujador o de embrujador- aparece como el medio para neutralizar esta contrariedad dado que es la condición y el instrumento de producción de un conocimiento etnológico del interior. La eficiencia heurística del emprendimiento es notable aquí, pero halla sus límites en el hecho que excluye del análisis los modos de inscripción de las relaciones globales de dominación (políticas, ideológicas, simbólicas, económicas) en el escenario de la brujería. Esta última, en tanto objeto de conocimiento en sí, no es más deconstruida y replanteada en una perspectiva más generalizada de comprensión de la realidad social en sus distintas dimensiones. Y todo conduce a creer que el efecto de asignación explicitado en el preámbulo de la publicación, en su violencia misma, es constitutivo de la brujería, de los sistemas de interpretación que implementa y de las configuraciones relacionales a las cuales da consistencia. Se comprende entonces que esta noción de 'lugar' relativo a la situación de investigación pueda ser considerada como suficientemente inofensiva como para convertirse en una referencia accesoria de una sociología de la empresa aplicada asociando "investigación y conducción del cambio"¹²; en esta situación, el "lugar de imbéciles" que conviene ratificar sin chocar a quienes señala, corresponde a los asalariados cuyas "resistencias al cambio" deben ser comprendidas para poder ser desbaratadas.

¹¹ "Se entiende que los campesinos del Oeste no estén apurados en ocupar este lugar de imbéciles en el cual los ubica el discurso público -que es en su versión erudita, sostenido por los folcloristas, o en su versión popular y no menos suficiente, la que difunden los medios [...]. Resulta cómodo que exista de tal modo un lugar para imbéciles en el que se vería incluido todo el imaginario. Los campesinos no se equivocan cuando oponen a esos emprendimientos (investigaciones periodísticas) un mutismo obstinado" (Favret-Saada 1976:17).

¹² Piotet y Sainsaulieu (1994). La cita es el título de la quinta parte de la publicación. "La place" es el primer subtítulo de un capítulo de esta parte dedicada a la recopilación de datos.

Actualmente, la obsolescencia del postulado según el cual la neutralidad del observador estaría garantizada por su exterioridad -aserción en adelante insostenible- se traduce en particular por la ansiedad de varios etnólogos en lo relativo a las consecuencias de su intrusión y de la publicación de sus trabajos. Esta angustia, sin dudas legítima pero a menudo desproporcionada y mal orientada, rara vez tiene como efecto resolver el problema tal como se plantea metodológica y analíticamente. Ratifica una tendencia -particularmente acentuada en América del Norte, así como en las áreas de investigación marcadas por la influencia de la antropología americana -a deslizarse hacia una axiología en apariencia despolitizada (Hours y Selim 2000), implicando para los autores (observadores) un constante afán de exhibición de una ética inatacable (que a menudo va contra la lógica de colaboración con los poderes instituidos, puesta en escena por una fracción de la sociología, pero que cumple con la misma función).

Algunas de las recientes entregas del *Journal des anthropologues* brinda ilustraciones de ello¹³, dejando vislumbrar la dificultad que tienen los antropólogos de zanjar los consecuentes dilemas que resultan de una interrogación susceptible de reformular las problemáticas. Los etnólogos que utilizan la imagen y los medios audiovisuales, en tanto soportes, se ven especialmente preocupados por esta exhortación ética a la cual se esfuerzan en adecuarse sin preocuparse siempre por analizar sus resortes¹⁴. Así, la reflexión sobre el carácter sintomático del abuso de la reivindicación de 'derechos' (que articulan en particular derechos comunitarios y propiedad intelectual) de las poblaciones tradicionalmente consideradas por la etnología como las más primitivas y lejanas desaparece de los relatos que apuntan a dar cuenta de todo el respeto que el etnólogo dispensa a quienes estudia y a disipar, de este modo, toda sospecha de pillaje. El contraste con el relato de Leiris (1934) de la misión Dakar-Djibouti brinda una idea general de los efectos coyunturales de los cuales son tributarias las acciones etnológicas de conocimiento. El pillaje colonialista ya no está de moda y el antecedente-cercenador de las componendas de la etnología con la opresión colonial (Copans 1974, 1975) permite consolidar sin demasiado esfuerzo una buena conciencia, anestesiando los fervores críticos. En la época presente, y de manera generalizada,

¹³ En efecto, la revista dedica mucho espacio a las reflexiones sobre las prácticas de la investigación de campo. Ver en especial los números citados en la bibliografía.

¹⁴ Por ejemplo, en el *Journal des anthropologues*, Glowczewski (1999) y Coiffier (2000), el área de la sexualidad es también un lugar simbólico de ello, ver entre otros: Broqua (2000) y Bazin, Méndez-Leite y Quiminal (2000).

la violencia de las relaciones de dominación es fácilmente disfrazada dentro de los intercambios interpersonales que simulan una igualdad de los protagonistas, conforme al modelo abstracto pero preñado de transacciones mercantiles -contractuales- que constituyen su arquetipo. La mercantilización de la imagen de sí mismo a través de la intermediación del etnólogo se expresa en las experiencias evocadas, también se revela en las tentativas desafortunadas de una etnóloga que participa en un *spot* publicitario para una asociación parisina de bisexuales, la cual constituye su objeto de investigación (Deschamps 2000).

En semejantes situaciones, donde el uso de la imagen se presenta como un punto de condensación de la relación social de investigación, los modos de negociación de la relación entre el etnólogo y los actores de su terreno de investigación son la manifestación de una dinámica global de extensión del marco de expresión del mercado. Por un lado, el reconocimiento del carácter sagrado de la propiedad intelectual es uno de los desafíos más cruciales en un mundo marcado por una economía en vías de desmaterialización y de globalización. Por el otro, los modos de anclaje de una autoctonía de los Estados (frente a una hegemonía financiera exteriorizada) son otro rasgo saliente de ello, del cual proviene el aluvión de peticiones indigenistas en todo el mundo. El ejemplo del patrimonio etnológico evocado previamente constituye una incidencia dada por la conjunción de esos dos fenómenos generales en una coyuntura global, donde la patrimonialización se extiende a todos los continentes como una modalidad de fijación de los actores en sus bolsones de miseria (Cormier-Salem y *alii* 2002). Sus efectos se concretizan frecuentemente en actitudes análogas de los etnólogos a través de las cuales la separación etnográfica y la declaración de una preocupación ética accionan como conjuración, instaurando un desconocimiento de su celo a ajustarse al rol que les incumbe en el orden político y económico coyuntural.

GLOBALIZACIONES PROBLEMÁTICAS

El aura de la que goza hoy en día la etnografía, en tanto forma de legitimación disciplinaria, se entiende en el marco de la globalización donde ella se presenta, paroxísticamente, como un antídoto. Mientras los nuevos esquemas de interdependencia económica, política e ideológica invitan a comprender los vínculos tejidos en escenarios micro-sociales en relación a la configuración global (Inda y Rosaldo 2002), el retorno etnográfico se

presenta como una suerte de pantalla defensiva y de rito propiciatorio contra las tentaciones de superación comparativa de los paisajes estudiados y de reubicación dentro de los ejes mayores de la coyuntura actual. Esta tensión intelectual parece paradójica ya que la globalización es objeto de diferentes tipos de esquivamiento antropológico, los cuales son inversamente proporcionales a la creciente mediatización de la disciplina, en sus dos facetas legitimadora y contestataria que se refuerzan mutuamente para anclar definitivamente en las mentes el aspecto irremediable de los fenómenos.

De manera minimalista, la globalización puede ser aprehendida como la generalización de un capitalismo evolutivo que difunde los intercambios y las relaciones mercantiles sin dejar de lado ninguna sociedad, sea cual fuere su aparente lejanía. La dimensión económica de la globalización es objetivamente la primera, en desmedro de las profundas transformaciones que afectan al sistema capitalista orientado, de ahora en más hacia la financiarización, la especulación virtual y la disminución de la producción en los espacios centrales.

Sin embargo, la importancia de los procesos económicos en la globalización se ve evitada por un conjunto de posiciones que analizaremos brevemente. La igualización tendencial de los ítems de definición de la globalización, la disolución de los factores económicos en nuevas series de intercambios y de flujos es una variante de dicha evitación, bien representada por Appadurai (2001). Este autor pone el acento en las migraciones y en las imaginaciones proyectivas resultantes, la circulación de imágenes que se combinan en la "cultura mundializada" como tejido de redes de hombres, bienes, tecnologías, comunicaciones y representaciones. En esta perspectiva, la globalización sería ante todo cultural. El origen hindú del antropólogo norteamericano es reconstruido por él mismo, tanto como por los medios de comunicación, de modo alegórico como pivote de su visión del mundo actual: su propia trayectoria lo ubicaría en el centro de los desafíos presentes y lo conduciría a un análisis particularmente minucioso de las dinámicas de la mundialización.

Ubicándose en los arcanos del academicismo disciplinario -lo más cercano a su supuesta vocación: la cultura¹⁵- esta interpretación antropológica de la globalización se disimula en el mismo momento como profundamente política. La mundialización provocaría, en efecto, la victoria cercana de la democracia y su universalización si se creen los dichos de Appadurai quien, dos meses después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, celebra

¹⁵ Ver la puesta a punto reciente de Kuper (1999).

asimismo su dimensión estética: “creo que nunca se ha compartido tanto el sentimiento de belleza como hoy en día gracias a las herramientas culturales de la mundialización.[...] La democracia misma se encuentra [...] en estado de disponibilidad máxima. [...] entramos en un momento de hiperdemocracia”¹⁶. La afirmación de una primacía cultural de la globalización oculta aquí las hegemonías en juego -modelos, estructuras, pero también relaciones de fuerza política- en una puesta entre paréntesis de los mecanismos económicos, tanto en el plano nacional como internacional.

Este punto de vista laudatorio sobre la globalización, percibida como enriquecedora y positiva, puede transformarse en su contrario, aunque conserve esa misma arquitectura de los tres polos de lo económico, lo cultural y lo político. El renombre adquirido por Huntington (1997) a través de innumerables, breves y simplificadores resúmenes de su pensamiento da cuenta de la fuerza de la sugestión cultural en una óptica de anulación de las tramas político-económicas; la versión preconizada se revela, sin embargo, como radicalmente negativa bajo la forma de una ruptura cultural maximizada y demultiplicada por la globalización en nuevos frentes. El guión construido sobre la cultura como fundamento de las planificaciones sociales y de las regulaciones deriva aquí en la guerra y el enfrentamiento sistematizado: la cultura recobra su aspecto antiguo, desgastado, casi primario de religión y de civilización en una óptica cuya esencialización no está muy distante de la racialización. Si la religión resume la cultura es, en efecto, mucho más que una segunda naturaleza. La “guerra de los dioses”¹⁷ deja entonces lugar a largas disertaciones sobre el rol de los valores, sus afiliaciones y sus antagonismos en un mundo que debe ser re-moralizado, sublimado a través de un idealismo tan tentador como pesado.

Este esquema de percepción de la mundialización, que se desdobra en las hipótesis positivas y negativas de la cultura, declinadas hasta el más recóndito fondo (a)político del bien y del mal, es semejante a una neutralización ideica de la globalización: esta es concebida, en adelante, como una actualización de lo universal y de la universalización, constituyendo procesos históricos de largo alcance. La actual mundialización, reducida a los intercambios, las interacciones y los contactos interculturales cuya existencia es permanente, parecería entonces banal y desprovista de toda especificidad. Su dimensión de interculturalización mantiene a la cultura en la idea de apertura identitaria que se inventa en la confrontación con las

¹⁶ Entrevista en *Libération*, 3/4 de noviembre de 2001.

¹⁷ *Nouvel Observateur*, fuera de serie, enero de 2002.

múltiples alteridades¹⁸. En cierto modo, la colonización occidental tanto como la islamización concretizan esas dinámicas culturales universalizantes, del mismo modo que la globalización: lo económico como lo político desaparecen de estos extensos cuadros culturales.

Estos tres polos de conceptualización de la globalización -positivizada, negativizada, neutralizada- señalan a la cultura como expresión fundamental de los procesos actuales acorralando explícitamente o involuntariamente -en una operatoria de especificación disciplinaria de la antropología- a las relaciones políticas y económicas en zonas de influencia secundaria. Como corolario, se abandonan los cuestionamientos a la dominación y a la explotación en las diferentes escalas micro y macro sociales pero también internacionales, así como las congruencias y contradicciones que nutren los conflictos actuales. La reciente unificación del capitalismo y las cristalizaciones políticas atomizadas que conforman el telón de fondo de las nuevas permeabilidades de las culturas se ven, de algún modo, evacuadas: la recentralización en la cultura defiende la opinión contraria a la de los debates mediáticos en curso, en los cuales las luchas contra la mundialización alimentan un auténtico mercado ideológico de la polémica. Señalemos que la integración operacional de la polémica en el funcionamiento del capitalismo data de las postrimerías de 1968 y se presenta hoy en día como un recurso simbólico importante del desarrollo del mercado mundial, en su dimensión de espectáculo (Bazin y Selim, 2001a, 2001b). La cultura permitiría entonces desprenderse de las tendencias ideológicas de lo global, en el marco de una hipótesis utópica según la cual aquélla lograría escindirse de las conceptualizaciones en las cuales gran parte de la ciencias sociales la habría encerrado erróneamente durante varias décadas. Además, cada especialista quedaría preso de su tarea: los antropólogos se dedicarían exclusivamente a su misión originaria, reconstruir en torno a la cultura; los politólogos y los economistas se ocuparían a su vez de sus objetos familiares. Esta división del trabajo intelectual parece poco adaptada a la actual configuración mundial que quiebra las fronteras y produce una interpenetración de los universos y los campos de actividad al punto de tornar difícilmente aislables; por ejemplo, esferas estatales, políticas, públicas, debido a la continua presión de las obligaciones económicas y de las privatizaciones de los Estados, así como a las lógicas religiosas, una de cuyas principales características, precisamente, consiste en estar insertas en redes políticas y económicas transnacionales.

¹⁸ Ver el N° 156 de L'Homme (2000).

La autonomización ficticia de la cultura globalizada en el contexto mundial actual, que se diferencia de los antiguos estudios de las culturas virtualmente cerradas en el pasado colonialista reciente, se vincula armoniosamente con el entusiasmo etnográfico de dos maneras: primero, el antropólogo escruta al infinito el decorado y las interacciones internas en relación con la fracción de escena social que ha retenido, sin dejarse perturbar por los eslóganes de lo global o de lo local; paralelamente, no se aparta del estrecho campo en el cual encierra la legitimidad de su disciplina y se dedica concienzudamente a ejercer su oficio.

MERCADOS, PRODUCCIONES

Las otras aproximaciones a la globalización pueden presentarse sin sustituir a los economistas a cargo de definir con exactitud y con sus herramientas cuantitativas los mecanismos actuales de interdependencia. La hipótesis de un sistema económico globalizado en vías de institucionalización conduce a interrogarse sobre sus modos diferenciales de progresión, de acuerdo a los contextos de estudio y sus especificidades. El análisis comparativo de las lógicas de difusión y de incorporación al mercado -que constituye el epicentro de la globalización del capitalismo- inspira una problemática que respeta, a la vez, las exigencias de investigaciones etnológicas profundas en un grupo social específico -incluido en su deambular- y recontextualiza el actual perfil de las relaciones sociales en el marco de la coyuntura global dentro de la cual se inserta y que lo penetra por doquier. Lejos de uniformizar o de homogeneizar a las sociedades, de acuerdo a las pesadillas más frecuentes, el mercado convoca, en efecto, sus singularidades: se implementan tipos de intercambios y relaciones mercantiles siempre particulares, condensando los fundamentos simbólicos, políticos y económicos de una formación social en su intento de integración dentro de las dinámicas mundializadas. Entonces el mercado se ofrece a la reflexión como una matriz a priori vacía, fluida y extensible, cuyas variantes de internalización demanda interpretaciones focalizadas en el sentido de situaciones tal como son producidas por los actores pero también tal como cristalizan los momentos revisitados por los idiomas de simbolización disponibles.

Detengámonos un instante en la acepción del término mercado que surge de esta orientación. El modelo de competencia perfecta que se supone designa, y que por definición no se realiza nunca, tiene por efecto sin embargo organizar los intercambios y las relaciones en las competencias orien-

tadas hacia el ideal planteado, que son más o menos flexibles o drásticas según los períodos. En consecuencia, es el conjunto de los procesos y sus diferenciaciones los que se esbozan en las representaciones mismas del mercado, siempre particulares, y se actualizan en las relaciones sociales mercantiles y las mercancías reales y simbólicas que se encuentran en el centro de estas reflexiones. El don, su puesta en escena y la negación de su finalidad intrínseca también forman parte integral del mercado en el período actual, tal como lo prueba, asimismo, el ejemplo reciente de los diarios distribuidos gratuitamente en Francia para competir con la prensa paga. Es la razón por la cual resulta un desfasaje seguir comentando las antiguas antinomias antropológicas del don y de la mercancía.

Las diversas corrientes económicas focalizan las lagunas en la institución del mercado. Por un lado, la ortodoxia estigmatiza los ‘obstáculos’ en su plena realización, los que deben verse entonces o reducidos a una contingencia que no disminuye la validez teórica, o bien abolidos. Por otro lado, los economistas heterodoxos, la socioeconomía o aún la sociología económica, para refutar la abstracción del modelo del equilibrio general, experimentan la necesidad de objetar la existencia de los mercados para subrayar la importancia de la regulación estatal y el juego de las relaciones sociales reales. El rechazo del mercado como concepto unificado que resulta de ello no tiene por efecto, sin embargo, negar la realidad de los fenómenos mercantiles que permanecen en el centro de sus prácticas científicas. El emprendimiento se inscribe en las teorías económicas que apuntan a una enmienda mediante la introducción de nociones tales como las convenciones, las redes, etc. En esta óptica, la reinyección de parámetros “no económicos” conserva como objeto último la elucidación del comportamiento económico de los agentes, fundamento de estas disciplinas.

Sin embargo, aunque la antropología reconozca el carácter primordial de los procesos económicos y el alcance singular del mercado en la globalización, esto no equivale a un emprendimiento inverso que apuntaría a injertar fragmentos de razonamiento económico en la disciplina. En consecuencia, no desemboca en el economicismo, el causalismo económico, o bien, la mutación del etnólogo en economista. Por el contrario, esta comprobación exige volver a retotalizar los diferentes campos sociales en las intersecciones de las relaciones mercantiles y a repensar las articulaciones (en términos de relaciones y de elaboraciones concretas, simbólicas e imaginarias) entre lo político, lo religioso, el parentesco y lo económico. El conjunto de los inestables mosaicos que ponen en escena las sociedades permite descifrar, en cierto modo, los funcionamientos de la globalización

en cuyo seno las producciones simbólicas, imaginarias, ideales y cognitivas ocupan un lugar cada vez más preponderante por efecto de una desmaterialización de las producciones y de los intercambios económicos que se apoyan, entre otros, en las “nuevas tecnologías”. Es la razón por la cual la globalización imposibilita toda vuelta atrás, hacia los axiomas forjados en los años 60’ por la antropología económica que buscaba los fundamentos de las estructuras de dominación solo razonando mediante la escolástica de las instancias.

Esta óptica, netamente productivista y desarrollista, conduce a estancar los debates en una tentativa aporética de identificación de los modos y relaciones de producción, así como de sus conexiones. Uno de los desafíos residía en luchar contra un simbolismo mayoritario en la disciplina que se expresaba ejemplarmente en los estudios sobre parentesco y mitología. El encierro dentro de esta posición binaria materialismo/simbolismo ha contribuido a esterilizar las iniciativas convirtiendo, por un lado, a las construcciones simbólicas e imaginarias en propiedad exclusiva de uno de los protagonistas, a menudo seducido por una óptica de ontologización; por otro, frenando considerablemente el descifrado hermenéutico de las relaciones entre los procesos lógicos y las dinámicas económicas. En consecuencia, la noción de dominación se tornó empobrecida, como invasora, reduciendo a los actores a estatus reificados y obsesivos de dominantes y dominados sin consideración alguna de todos los puntos de vista del deseo, las ficciones, los sueños y quimeras que abren las puertas del horizonte de superación y liberación. Es indispensable tomarlo en cuenta para la comprensión interior de una formación social en tanto totalidad actuante. Solo la antropología, por un lado, y el sicoanálisis, por otro, están provistos con las herramientas de escucha y observación necesarias para alcanzar sus nichos. Esto, subrayémoslo, se perfila sin embargo como lo más distante de una antropología sicoanalítica que funcionaría más bien -en otros estratos conceptuales- como un espejo invertido de la antropología económica, focalizando su atención en los reflejos de relaciones sociales cuando esta última los busca a través de sus huellas materiales.

Además, la financiarización de la economía y su par la accionarización han transformado profundamente las actualizaciones de la dominación cuyas figuras concretas, tangibles y palpables se han disuelto, en cierto modo, en encajes de relaciones opacas e imposibles de desenredar, sin blancos contra los cuales oponerse. La dominación tiende a convertirse en una carga que hay que asumir personalmente, en una perspectiva de maximización de las capacidades individuales y de responsabilidad compartida de los actores

atomizados (Ehrenberg, 1991, 1995, 1998). Incorporada y virtualizada por una economía donde los factores inmateriales predominan, la dominación en sus perfiles actuales, que incluyen su recomposición identitaria, tiene en consecuencia poco que ver con los cuadros unilaterales descritos por la antropología económica. La fuerza de las ideologías convertiría en casi caduca y anacrónica la antigua interrogación sobre el consentimiento a la dominación, ya que actualmente se observa el espectáculo de las multitudes que voluntariamente se proponen defender el/los poderes que las oprimen. La movilización del sujeto individual en su intimidad síquica para sostener y administrar a su propio nivel los aparatos de dominación invita al antropólogo a idas y vueltas sin duda más marcadas que antes, entre: por un lado, las armazones globales y, por el otro, su subjetivación que rompe los artefactos culturalizantes. Además, se hace trizas la noción de informador que protegía, cual pantalla, al etnógrafo contra las pulsiones idiosincráticas y perturbadoras de su maestro indígena subalterno y colocaba en un estuche las informaciones proporcionadas sobre la cultura, cual paquete para atar y despachar.

En el campo, las interpelaciones de la gente al etnólogo se vuelven cada vez más apremiantes y están desprovistas de las antiguas precauciones jerárquicas, conservadoras de dominaciones compartimentadas. El etnólogo es un mediador tan fortuito como privilegiado de los poderes, autóctonos y globalizados, que puede abrirse camino en un recorrido de obstáculos sin fin. Estas evoluciones, más o menos perceptibles según el caso, no obligan a arrojar hacia la obsolescencia el análisis de los agenciamientos económicos y de las instilaciones desplazadas de la dominación. A nivel global, escotomizar los endurecimientos en curso de la explotación y de las polarizaciones hegemónicas que coagulan lo económico y lo político se revela como un ejercicio cada vez más delicado, en la perspectiva de una antropología que mantiene su dimensión intrínseca de totalización del sentido.

ANCLAJES

Una parte de los debates franceses sobre la mundialización parece tener su origen en el miedo al derrumbe de los zócalos de la disciplina que son el trabajo de campo y la etnografía micro-social, los cuales quedarían arrasados por los aturdidores torbellinos de los actuales intercambios de toda naturaleza. Esta obsesión por ver desaparecer las unidades de tiempo y de lugar que, como en el teatro, fundamentaban en principio las técnicas de

investigación se presenta como una tendencia fantasmagórica con respecto al abanico de las problemáticas y de los modos posibles de análisis. Se parece mucho a la alarma provocada por las primeras implantaciones de investigaciones etnológicas en los espacios centrales de la coyuntura contemporánea que son sus ciudades, sus periferias y sus empresas. Numerosos etnógrafos imaginaban entonces la desaparición consecutiva de la disciplina y su absorción por la sociología si estas prácticas heterodoxas de deserción de los mundos tropicales y “primitivos” se expandían, apoderándose de universos supuestamente anónimos. Más de veinte años después, raros son los antropólogos que se refugian en campos de ilusión y de tradición intocados. Por el contrario, el *bricolage*, la hibridación, las recomposiciones, las multivalencias y las pluri/interculturalidades se convirtieron en herramientas inevitables, reducidas a *gadgets* (baratijas) o bien convertidas en herramientas sofisticadas y heurísticas en contextos en los que las calificaciones abigarradas de poscolonialismo, de pos y sobre-modernidad dibujan una suerte de estatus cualitativo, sin provocar ellas mismas una auténtica ruptura epistemológica. Estos nuevos tropismos, avatares de la ‘modernidad’, desplazan la frontera de los universos contenidos en la ‘tradicción’, sin erradicar esas dicotomías y dando la impresión de que trabajan sobre la realidad presente.

Los actuales procesos de globalización podrían probablemente tener el mismo destino, inscribiéndose en diferentes vías de estudio a la vez, contribuyendo a hacerlas evolucionar debido a sus incitaciones fenomenológicas. La correlativización sistemática de los diferentes campos sociales¹⁹ de inserción de los actores -trabajo, parentesco, política, religión, etc.- se ve estimulada, sin duda, por la configuración actual al exacerbar esta sus lazos. Conduce, a partir de toda entrada seleccionada inseparable de los otros sectores, a reconstruir el sentido de las articulaciones que se imponen a la observación de modo hiperbólico y, a veces, con el aspecto de simples superposiciones. La transversalidad de la globalización la convierte en un marco de objetivación de las relaciones sociales que confluye con la mirada epistémica de la antropología sobre la totalidad, no como un estado de cosas o como un hecho, sea este total, sino en su lógica procesual.

De tal modo, partir hoy en día del estudio de una unidad de trabajo-sector alcanzado, en todas partes, por los procesos de globalización de la economía que implican una reducción de los costos por segmentación y

¹⁹ La noción de campo social, en la que se implementan un conjunto de relaciones que son los objetos de la investigación, se ubica evidentemente en lo más lejano del concepto neomarxista de instancia.

contractualización y, consecuentemente, una intensificación de la explotación- conduce al antropólogo a sumergirse, sin transición, en las múltiples y precarias alcobas que los actores se esfuerzan en construir para salvaguardar migajas de seguridad concreta o imaginaria. Según los casos, en sus formas asociativas se esbozan o acumulan dispositivos políticos, religiosos, socio-económicos a modo de círculos de micro-crédito, “*tontines*”, etc., que hoy en día son uno de los instrumentos propiciados por las organizaciones internacionales que, se supone, luchan contra la pobreza a nivel mundial.

De manera recurrente, la penetración del mercado global es impactante en diferentes aspectos: va desde la aparición de estructuras que deben ser completadas localmente, como las ONG, hasta los procesos más clásicos que rigen, por ejemplo, el empleo o la vivienda y se han apoderado, entre otros, de la educación, la salud y el matrimonio. Daremos un breve ejemplo extraído de la situación vietnamita de “socialismo de mercado”, representativo de la globalización que se expresa, en Asia, a través de la alianza antinómica del comunismo y del capitalismo en vistas a la supervivencia de regímenes ‘fuertes’ apreciados en el plano internacional por la “paz social” que hacen imperar y, por ende, son favorables a los intercambios mercantiles. La penuria y el encuadre anterior de la vida cotidiana confieren a la apertura del mercado por del Estado-partido, entablada a fines de la década de 1980, un aura general connotada por los términos de “apertura de las puertas”. En consecuencia, sea cuales fuesen sus efectos negativos bien descriptos por la gente en términos de heridas simbólicas y de sufrimientos, el mercado y su desarrollo son aprobados y apoyados masivamente por la población.

La comprensión de este fenómeno requiere cruzar varias líneas de interpretación. Para empezar, la competencia consumista se ha infiltrado en las mentes como un nuevo eslogan que viene a reemplazar las antiguas consignas de unificación competitiva por selección heroica, en una configuración donde las imposiciones políticas se ven reinsertadas en los campos de trabajo para instaurar una sobre-explotación aceptada si es fuente de ingresos materiales. Como corolario la mercantilización sistemática del empleo, de los diplomas, del acceso a la sanidad, de todo documento oficial, o sea de la casi totalidad de las relaciones necesarias para el funcionamiento social, se integra dentro de una pirámide de dominación política en la que el enriquecimiento de las élites es considerado como el nuevo modelo propuesto para la emulación colectiva, valorizando el parentesco y redundando en el acaparamiento y la confiscación de los recursos. Para terminar, el conjunto de las relaciones sociales está dominado por el desarrollo de un nuevo mercado de las creencias que se revela, a través de sus panteones polí-

tico-identitarios, como un aparato estatal simbólico, vector de la permanencia de las dominaciones institucionales (Selim 2001).

En el período actual, las investigaciones etnológicas focalizadas en el trabajo, o la ausencia del mismo, adquieren de hecho una particular pertinencia frente a la globalización; permitiendo brillar, a partir de una relativa centralidad dinámica, sobre una multitud de interacciones significativas. Las crisis y las rupturas en las cuales, un poco por doquier, los actores se ven atrapados en su marco de subsistencia conducen, en efecto, a *revivals* y a acentuadas movilizaciones de los agenciamientos simbólicos: las entidades convocadas, sea cual fuere su naturaleza y sus pulsiones positivas o negativas, juegan un papel esencial como *passeurs* (facilitadores) del pasaje al mercado globalizado. Su mediación imaginaria, que se desliza en metáforas contractuales, se revela como necesaria para la implementación de las nuevas formas de relaciones mercantiles en las diferentes escalas y para la aceptación de las obligaciones impuestas a la gente. Esta es la razón por la que los puentes entre el trabajo, la producción y la economía, por un lado, y los universos simbólicos, por el otro, se exponen con más y más acuidad a la observación de los antropólogos atentos a las palabras y a las prácticas, a menudo transparentes, de los trabajadores de todos los estatus jerárquicos.

Si dejamos atrás las fronteras entre las áreas culturales, impresiona la semejanza entre la profusión de los pactos con el diablo suscriptos por los mineros andinos de Potosí (Absi 2000, 2001) y la evolución turbulenta de los alianzas matrimoniales con los genios laosianos cuyo recrudecimiento, a partir de la apertura de los mercados en 1990 se ve muy afectado por las repercusiones locales de la crisis asiática de 1997 que destruye las esperanzas y los impulsos. La globalización maneja pues con insistencia la vigilancia epistémica de los antropólogos sobre las esferas económicas, imaginarias y, principalmente, sobre la reactivación ostensible de sus vínculos, en oposición a una autonomización de los objetos de investigación sectoriales, reforzada por su segmentación en especificidades culturales. Mientras que de un continente a otro la experiencia de posesión mística se hace eco de las transformaciones económicas y políticas, abocarse a la profundización de la interacción del individuo con la entidad que lo ha elegido -pese a que esto puede brindar nuevos esclarecimientos sobre dicha intimidad comunicacional- parece muy pobre e ignora el formidable poder de este analizador privilegiado cuya polisemia se refracta hasta la ceguera en todos los espacios sociales.

Los genios y las divinidades se presentan en varios sitios como actores imaginarios que expresan contradicciones político-económicas y asumen

las mediaciones de una extensión de las relaciones mercantiles. Sin embargo, el Estado y las instituciones políticas son los primeros agentes que adoptan, de manera generalizada, las políticas impuestas por el mercado como directivas destinadas a regir los intercambios de todo tipo. De acuerdo a los contextos, las modalidades de dicha adopción están ligadas, más o menos directamente, a las relaciones internacionales donde la dependencia y la interdependencia se refuerzan mediante el endeudamiento y la multiplicación de organismos y tratados especialmente destinados a propagar un “libre mercado”. En un segundo nivel, las estructuras políticas son ellas mismas permeables a las lógicas mercantiles, constituyéndose en un receptáculo y en un recambio. La reciente trayectoria del partido comunista francés, caracterizada por un pronunciado y continuo declive y por la eliminación de sus modos de acción, se presenta como una ilustración significativa.

La dirección del partido se lanzó a una ‘mutación’ destinada a conjurar la pérdida de prestigio como consecuencia del oprobio vinculado con el sistema soviético y su desaparición como polo alternativo al capitalismo. Además, eyectado de sus pivotes históricos -el trabajo, los movimientos obreros, anticapitalistas y pacifistas- por el estremecimiento de sus bases sociales militantes y electorales se lanza, en adelante, a la búsqueda de una dignidad que se traduce en una estrategia activa de inserción en el mercado político. Este último es entendido no en la antigua acepción metafórica que designa el encuentro de una ‘oferta’ y una elección de los votantes, más o menos concebidos como ‘clientes’, sino mas bien como expresión de la evolución del sistema político francés tal como su puesta en escena obedece, en sus múltiples aspectos, a las lógicas de la mercancía y el consumo, imbricándose siempre más estrechamente en una economía de la comunicación. Perdiendo masivamente sus adherentes, el partido comunista parece desgarrado entre dos lógicas. Por un lado, la incorporación de esquemas mercantiles en sus objetivos pero, además, en su mediatización y en su funcionamiento interno aspira a seducir a electores que, no obstante, son cada vez más escasos. Por el otro, el mantenimiento de un núcleo ideológico intenta reciclar el dogma anticapitalista anterior en una denuncia, ya sin vigor, del mercado, la financiarización de la economía y sus consecuencias dramáticas de repetidos despidos y expulsiones del trabajo. Su posición de partícipe de la coalición gubernamental desde 1997 apoyando, por ejemplo, las disposiciones europeas de destrucción de los monopolios públicos es una primera fuente de contradicción entre dos orientaciones antitéticas.

Estos desgarros manifiestan su particular pertinencia en la antigua cuenca minera del norte de Francia. La antigua implantación del partido comu-

nista, originada en el sindicalismo, ha sido transferida a nuevos sitios que son los dispositivos de gobernabilidad municipal. Estos administran localmente los mercados de la animación social y de la asistencia pública, los cuales responden, en adelante, a una situación de precarización y falta de empleo. Paralelamente, la figura imaginaria del enemigo se ha demultiplicado: tiende a encarnarse no ya en el empresariado sino en un mercado (mundial, financiero) abstracto, así como en la serie de instituciones que detentan la autoridad pública (Unión Europea, gobierno, estructuras intercomunales). La ambigüedad de las relaciones de la dirección nacional del partido con estos polos contestatarios, así como la obsolescencia de una alianza internacional emblemática en el comunismo, provoca militantes decepcionados por la impotencia de su formación política. La mayoría de ellos no ven más que una alternativa: la desertión o una 'resistencia' quimérica, aferrándose en ambos casos a una "identidad comunista" que entienden como un modo de acción desaparecido e idealizado cuyas movilizaciones electorales puntuales, a su entender, solo constituyen parodias.

En el otro extremo, en un congreso extraordinario convocado por la dirección en octubre de 2001 se organizó un sucedáneo de escenario televisivo²⁰, destinado a los delegados, en el cual se imitaba el diálogo con la "sociedad civil"; este acto ofrece un ejemplo condensado de la evolución de las tensiones que perturban al conjunto del partido. De manera gráfica, constituyendo una negación de la importancia concedida hasta entonces al proselitismo de sus militantes que se supone está, precisamente, en el centro de los problemas y de los conflictos sociales (especialmente de trabajo), ratifica el fin de la militancia en provecho de una dilución en influencias ideológicas fracturadas de la asociación ciudadana del desarrollo sustentable, de la economía solidaria, etc., directamente valorizables en el mercado mediático de lo político. De manera significativa, los términos de 'red' y de "soberanía de los adherentes" constituyeron las principales palabras de este congreso.

Este ejemplo del partido comunista en pugna con el mercado y la mundialización ilustra paralelamente el interés por una entrada en lo político, sea por la aproximación concreta de una formación, por la de los movimientos de protesta y de reivindicación (Gibb 2001), o bien por las elabo-

²⁰ Tales dispositivos imitando los shows televisivos hasta en el compromiso de sus vedettes, son modalidades corrientes de la figuración del poder y de la dominación, en especial en las grandes empresas. Ver, por ejemplo, la entrevista llevada a cabo por Althabe y Selim (2001).

raciones imaginarias de la autoridad estatal. Desde este punto de vista la comparación entre el resurgimiento de los cultos en Laos y Vietnam, encabezados ambos países por un Estado comunista, saca a la luz -más allá de las intercesiones simbólicas ya evocadas de retorno a las relaciones mercantiles garantizadas por las distintas entidades involucradas- los juegos diferenciales de legitimación (Vietnam) o de ilegitimación (Laos) del Estado-partido. Si bien este enredo de polos políticos, económicos y religiosos responde a mecanismos perfectamente identificados²¹ se encuentra densificado por la mundialización, tal como lo atestiguan trabajos comparativos sobre las formas actuales de las creencias en áreas culturales diversas. La “globalización de lo religioso” (Bastian y *alii*, 2001) se afirma en el triple plano de la introyección de los esquemas cognitivos mercantiles en las prácticas y las lógicas de los actores, de la innovación mercantil de las organizaciones religiosas transnacionales pero, también, en la creación de mercados de la sanidad identitaria. Hervieu Léger (2001) explicita particularmente la aceleración de los vínculos entre individualización, homogeneización, circulación y comunitarización de las creencias en un contexto en el que la liberalización de los intercambios difunde la estandarización como proceso de producción en los campos simbólicos. Subraya además que la utilización de categorías económicas en el análisis de los fenómenos religiosos ya no tiene nada de analógico.

En todos estos frentes, del trabajo, del poder y de las creencias, el parentesco resulta omnipresente, sublimado, desviado, contrariado o inserto, pragmáticamente, en las relaciones sociales. A partir del momento en que se dejan de lado las perspectivas naturalistas e, implícitamente o explícitamente, biologizantes que dan la primacía a la consanguinidad (Meillassoux 2001), el parentesco es señalado, a través de la revalorización de lo auténtico del cual él sería justamente refugio frente a una mercantilización devoradora, cual gramática de las percepciones de la evolución de las relaciones sociales. El parentesco es, en efecto, el lenguaje por excelencia de la integración jerárquica y de la exclusión, un juego de espejos entre el actor y el sujeto al cual él se ve confrontado, modulando la política de las valencias imaginarias de la pertenencia y la alteridad (Bazin 1998,1999).

Si las identidades sexuales, la agrupación, la filiación y el alumbramiento ya se han moldeado en las evidencias de las relaciones y de las puestas en escena mercantiles²², la atención se dirige a otras asociaciones más comple-

²¹ Por ejemplo, en los profetismos que acompañan las colonizaciones y luego las descolonizaciones en África.

jas entre Estado, mercado y parentesco. El parentesco funciona, en efecto, como un filtro de inculcación simbólica y de reproducción de las jerarquías sociales y del Estado que apela, recurrentemente, a las metáforas primordialistas de la familia; en consecuencia, en casi todos lados se erige como un hilo de tensión subyacente a la concentración de las riquezas, cada vez más veloz, en los grupos superiores que captan las sinergias de mercado articuladas con el poder y las instituciones derivadas de la autoridad estatal, la cual está potencialmente deslegitimada por las nuevas polarizaciones político-económicas. Al respecto, las dictaduras del socialismo de mercado se aproximan de a poco a situaciones africanas como la de Costa de Marfil, donde se reitera permanentemente la acusación al parentesco en tanto clausura y obstáculo imaginario desmultiplicado ante cualquier promoción (Bazin y Selim, 2001b). El arraigo cultural histórico del Estado en Vietnam lo inmuniza parcialmente, por ahora, contra la amplificación de tales procesos cuyos gérmenes son, sin embargo, visibles en los campos micro-sociales, en especial en las empresas públicas donde las crecientes rupturas sociales son cada vez menos soportadas.

En tanto el parentesco, lo político, lo religioso y el trabajo constituyen opciones de investigación etnológica que se abren amplia y recíprocamente sobre todas las nuevas articulaciones que se coagulan en el mercado; las ONG, en tanto actores institucionales de mediación internacionalizada entre el Estado y los grupos sociales que emergen de la globalización, se presentan como un nuevo objeto antropológico²³ particularmente atractivo por su dimensión de sintetizadoras de los procesos en curso, pero también de sus ideologizaciones. Corredores de transmisión entre el norte y el sur y entre las clases sociales, incluso mediante la adopción y el padrinazgo en lo que ciertas organizaciones se especializan, se ubican en la bisagra del capitalismo, de sus aperturas, pero asimismo de sus pedazos de utopías alternativas del momento, que son el tercer sector, la economía solidaria o aún el micro-financiamiento. Brindan el espectáculo de una suerte de mercado de las intenciones en el que cada cual puede extraer una benevolencia simbólica y capitalizable.

La evolución del Grameen Bank a lo largo de tres décadas resume de manera impactante las transformaciones inducidas por la globalización (Hours 1993). Nacida en Bangladesh poco después de la independencia

²² Ver *Journal des anthropologues* 82-83.

²³ Hours, seminario de la EHESS: "Construction d'un objet anthropologique: ONG, développement, humanitaire, globalisation", 2001-2003.

forjada dentro de una disyunción de lo político y lo religioso, Grameen Bank es la emanación de un reformismo socializante autóctono hiper-jerárquico adecuado a las estructuras de la sociedad. Concebida en un principio para resolver los problemas de las mujeres solas -repudiadas, abandonadas, viudas- y proporcionarles medios para su autonomía en un contexto islámico de segregación de los sexos, la ONG local se erigió, veinte años más tarde, en una receta mundializada de gestión de la pobreza y en mercancía ideológica. Su líder se convirtió en una vedette internacional y una empresa de moda le fue adosada a modo de vitrina. El micro-crédito, emblemático y universalizado, peritado y medido, es ahora una de las herramientas del *management* global de amplias franjas de poblaciones cuya supervivencia material se vería entonces estabilizada “a mínima” en el marco de una separación respecto de las otras capas sociales²⁴ y, por ende, sin riesgos de perturbación social. Concebida bajo un espíritu de emancipación de los elementos más dominados de la sociedad y de un cuestionamiento mínimo de sus cuadros jerárquicos Grameen Bank desemboca, por su internacionalización, en un travestismo caricatural de sus objetivos iniciales y se revela como uno de los medios para mantener los ejes de dominación global en vías de institucionalización.

Estas pocas indicaciones tenderían a sugerir la vacuidad de buscar un refugio para la etnología en los antros culturales, para huir de quiméricos peligros de invalidación disciplinaria que vehicularizaría los procesos de globalización, cuando estos son considerados fuera del alcance de las metodologías habituales. Por el contrario, estas últimas revelan su fecundidad cuando son confrontadas a las dislocaciones, las refracciones y las reestructuraciones que entretejen campos sociales densos y formalmente unificados por el mercado. Las objeciones a la globalización del capitalismo pertenecen intrínsecamente a su movimiento de expansión y no existen más islotes fuera de la mundialización, ni refugios especulativos para etnógrafos temerosos que buscan salvaguardar una integridad disciplinaria presumiblemente amenazada. Al consagrarse la antropología, en continuidad con su vocación, a la tarea de sacar a la luz las singularidades micro-locales y su inclusión en los marcos globales cada vez más amplios, más abarcadores y más polivalentes, puntualizando las concordancias y las disparidades de los procesos activados, concurriría precisamente a des-ideologizar la mundialización, muy pobremente cubierta por todos los epítetos negativos del pasado:

²⁴ En cuanto a la emergencia de tales procesos de separación, ver el caso emblemático de la Argentina estudiado por Svampa (2001).

totalitarismo, imperialismo, unitarismo, esclavización de las mujeres, los niños, los hombres, etc. De tal modo, la disciplina bien podría contribuir a construir instrumentos epistemológicos adaptados a la complejidad de los fenómenos actuales y restituir sus anfibiologías constitutivas. En un período donde mesianismos y terrores derivan en coaliciones regresivas, en las cuales sabios e intelectuales se afanan por estar presentes²⁵ como los mejores y más altos moralizadores “lacayos del poder”, el hecho de instaurar en los márgenes disonancias hermenéuticas rigurosas podría quizás encender nuevas pasiones disciplinarias.

BIBLIOGRAFÍA

Absi, P.

2000. Récent Bouversements des rites Propitiatoires des Mineurs de Potosí sur Fond de Crise Minière. Colloque D'Anthropologie Minière de Béthune. Mayo 24-26.

2001. Le diable au corps. Organisation sociale et symbolique de la production minière dans les coopératives de Potosi (Bolivie). Thèse. París, EHESS.

Les ministres du diable. Le travail et ses représentations dans les mines de Potosi. París, L'Harmattan. (En prensa).

Althabe, G. y M. Selim

2001. Réflexions sur les transformations gestionnaires d'une grande entreprise française (entretien). *Histoire et anthropologie* 22: 165-176.

Appadurai, A.

2001. *Après le colonialisme. Les conséquences culturelles de la globalisation*. París, Payot (éd. angl. *Modernity at Large*, 1996).

Bastian J.-P., F. Champion y K. Rousselet (dir.)

2001. *La globalisation du religieux*. París, L'Harmattan.

Bazin, L.

1998. *Entreprise, politique, parenté. Une perspective anthropologique sur la Côte-d'Ivoire dans le monde actuel*. París, L'Harmattan.

1999. La parenté: miroir et enlèvement des hiérarchies en Côte-d'Ivoire. *Journal des anthropologues* 77-78:193-215. París, AFA.

2001. Patrimoine, mémoire, généalogie. Quelques considérations critiques. *Revue Espace Marx* (Lille) 16-17: 44-53.

²⁵ Lettres d'Amérique. Les raisons d'un combat, *Le Monde*, 15/02/02.

- Bazin, L.; R. Mendes-Leite y C. Quiminal
2000. Déclinaisons anthropologiques des sexualités. *Journal des anthropologues* 82-83: 9-24. París, AFA.
- Bazin, L. y M. Selim
2001a. *Motifs économiques en anthropologie*. París, L'Harmattan.
2001b. Diffractions politiques du marché (Côte-d'Ivoire, Vietnam). *Journal des anthropologues* 87: 109-137. París, AFA.
- Beaud, S. y F. Weber
1998. *Guide de l'enquête de terrain. Produire et analyser des données ethnographiques*. París, La Découverte, Guides Repères.
- Beaud, S. y M. Pialoux
1999. *Retour sur la condition ouvrière*. París, Seuil.
- Broqua, C.
2000. Enjeux des méthodes ethnographiques dans l'étude des sexualités entre homes. *Journal des anthropologues* 82-83: 129-155. París, AFA.
- Coiffier, C.
2000. Safari photo et chasse aux têtes en Nouvelle-Guinée. *Journal des anthropologues* 80-81: 259-281. París, AFA.
- Copans, J.
1974. *Critiques et politiques de l'anthropologie*. París, Maspéro.
1975. *Anthropologie et impérialisme*. París, Maspéro.
- Cormier-Salem, M.-C. et al. (dirs.)
2002. *Patrimonialiser la nature tropicale. Dynamiques locales, enjeux internationaux*. París, IRD éditions.
- Dejours, C.
1998. *Souffrance en France*. París, Seuil.
- Deschamps, C.
2000. Mises en scènes visuelles et rapports de pouvoir. Le cas des bisexuels. *Journal des anthropologues* 82-83: 251-264. París, AFA.
- Ehrenberg, A.
1991. *Le culte de la performance*. París, Calmann-Lévy (rééd. Hachette-Pluriel).
1995. *L'individu incertain*. París, Calmann-Lévy (rééd. Hachette-Pluriel).
. 1998. *La fatigue d'être soi. Dépression et société*. París, Odile Jacob.
- Favret-Saada, J.
1977. *Les mots, la mort, les sorts*. París, Folio.

- Gadrey, J.
1992. *L'économie des services*. Paris, La Découverte.
2000. *Nouvelle économie, nouveau mythe?* Paris, Champs-Flammarion.
- Gibb, R.
2001. Toward an Anthropology of Social Movements. *Journal des anthropologues* 85-86: 233-253. Paris, AFA.
- Glowczewski, B.
1999. Négociations pour la fabrication d'un cd-rom. *Journal des anthropologues* 79: 81-97. Paris, AFA.
- Godelier, M.
2000. *L'énigme du don*. Paris, Fayard.
- Hervieu-Leger, D.
2001. Crise de l'universel et planétarisation culturelle: les paradoxes de la mondialisation religieuse. En Bastian J.-P. et al.: *La globalisation du religieux*. Paris, L'Harmattan.
- Hours, B.
1993. *Islam et développement au Bangladesh*. Paris, L'Harmattan.
- Hours B. y M. Selim
2000. Pratiques et axiologies de l'anthropologie face à la domination politique. *Anthropologie et sociétés* 24(2): 111-127.
- Huntington, Samuel
1997. *El choque de las civilizaciones*. Barcelona, Paidós.
- Inda, J. X. y R. Rosaldo (eds.)
2002. *The Anthropology of Globalization. A Reader*. Malden/Oxford, Blackwell.
- Jeudefoy, P.-H.
2001. *La machinerie patrimoniale*. Paris, éd. Sens y Tonka.
- Kuper, A.
1999. *Culture: the Anthropologists' Account*. Cambridge/London, Harvard University Press.
- Leiris, M.
1934. *Afrique fantôme*. Paris, Gallimard.
- Lourau, R.
1978. *L'Etat-inconscient*. Paris, Minit.

Meillasoux, C.

2001. *Mythes et limites de l'anthropologie. Le sang et les mots*. Genève, éd. Page 2.

Orlean, A.

1999. *Le pouvoir de la finance*. Paris, Odile Jacob.

Peneff, J.

1996. Les débuts de l'observation participante ou les premiers sociologues en usine.
Sociologie du travail XXXVIII, 1: 25-44.

Piotet, F. y R. Sainsaulieu

1994. *Méthodes pour une sociologie de l'entreprise*. Paris, PFNSP.

Selim, Monique

2001. Eblouissements du marché. *Histoire et anthropologie* 22: 67-76.

Svampa, M.

2001. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Biblos.

Journal des anthropologues

ECONOMIE, TRAVAIL, GLOBALISATION

1996: 66-67 Anthropologie, entreprise, entrepreneurs.

1999: 77-78 Nouvelles configurations économiques et hiérarchiques.

2001: 84 Anthropologie et économie.

REFLEXIONS SUR L'ENQUETE DE TERRAIN

1987 / 29-30 et 31 L'ethnologue et son terrain I et II.

1988 / 32-33 et 34 Chercheurs et informateurs I et II.

1991 / 43-44 Ethnologie de l'entreprise.

1991 / 45 Anthropologie des sexes, sexe des anthropologues.

1993 / 53-54-55 L'ethnologue dans les hiérarchies sociales.

1998 / 75 Statut de l'écrit et de l'écriture en anthropologie.

1999 / 76 Situations de violence.

1999 / 79 Tour de Babel et tours d'ivoire. Des anthropologues et des médias.

2000 / 80-81 Questions d'optiques.

2000 / 82-83 Anthropologie des sexualités.

2001 / 87 Parcours de l'ethnologie dans le monde post-soviétique.

ETNOGRAFÍAS GLOBALIZADAS

*Valeria Hernández, Cecilia Hidalgo
y Adriana Stagnaro (comps.)*



PUBLICACIONES DE LA SAA


SOCIEDAD
ARGENTINA DE
ANTROPOLOGIA

ETNOGRAFÍAS GLOBALIZADAS

ETNOGRAFÍAS GLOBALIZADAS

*Valeria Hernández, Cecilia Hidalgo
y Adriana Stagnaro (comps.)*

Buenos Aires
2005



Etnografías globalizadas / Valeria Hernández...[et.al.]. ; compilado por Valeria Hernández y Cecilia Hidalgo - 1a ed. - Buenos Aires : Sociedad Argentina de Antropología, 2005.
312 p. ; 21x15 cm. (Publicaciones de la Saa dirigida por Lidia R. Nacuzzi)

ISBN 987-20674-9-X

1. Etnografía. I. Hernández, Valeria, comp. II. Cecilia, Cecilia, comp.
CDD 305.8

Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología
Serie dirigida por Lidia R. Nacuzzi

Comité Asesor:

Lic. Carlos A. Aschero (CONICET / Instituto de Arqueología, Universidad de Tucumán)
Dr. Luis A. Borrero (CONICET / Programa de Estudios Prehistóricos, Buenos Aires)
Dr. Billie R. Dewalt (Center for Latin American Studies / Universidad de Pittsburgh)
Prof. Stella Maris Fernández (Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas, Buenos Aires)
Dra. Dominique Légoupil (CNRS / Universidad de La Sorbona)
Dr. Gustavo Politis (CONICET / Universidad de La Plata)
Dra. Mónica Quijada (CSIC / Centro de Humanidades del Instituto de Historia, Madrid)
Dra. Alcida R. Ramos (Departamento de Antropología, Universidad de Brasilia)
Dra. Alejandra Siffredi (CONICET / Universidad de Buenos Aires)
Dra. Myriam Tarragó (CONICET / Universidad de Buenos Aires)
Dr. David J. Weber (Departamento de Historia, Southern Methodist University, Texas)
Dr. Hugo D. Yacobaccio (CONICET / Universidad de Buenos Aires)

Diseño de tapa: Andrea M. Quadri.
Composición de originales: Beatriz Bellelli
bbellelli@yahoo.com.ar

© 2005, by Valeria Hernández, Cecilia Hidalgo y Adriana Stagnaro (comps.)

Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350. (1091) Buenos Aires
saalibros@hotmail.com

ISBN 987-20674-9-X

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina – Printed in Argentina